

## ***Juan, el camino de la fe***

# **“¿Quieres ser sano?”**

## **(5.1-18)**

Menciónale el nombre “Bethesda” a un estadounidense, y es probable que éste se imagine el Hospital Naval de Bethesda y el Instituto Nacional de Salud. Llama la atención el hecho de que aquella ciudad de Maryland, llamada Bethesda, la cual era pequeña, se haya convertido en un centro médico, reconocido mundialmente ¡gracias a su nombre! Un día que el fallecido Presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, viajaba en automóvil a través de la ciudad junto con su consejero de confianza, Harry Hopkins, éste le mencionó el curioso nombre de la ciudad y el trasfondo de su nombre. Al oír tal explicación, el Presidente Roosevelt decidió que ése era el lugar ideal para situar el nuevo Instituto Nacional de Salud.<sup>1</sup> Bethesda, según parece, es el nombre que mejor le va a un lugar donde haya sanidad.

### **LA SANIDAD (5.1-8)**

Había en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque llamado “Bethesda”,<sup>2</sup> nombre que significa “casa de misericordia”. Se le conocía como un lugar de sanidad, por tal razón los “enfermos, ciegos, cojos y paralíticos”, fijaban su residencia en los cinco pórticos que rodeaban el estanque. No hay duda de que debió haber producido lástima el ver tanto dolor y sufrimiento, en aquellas personas provenientes de Jerusalén, reunidas en este sitio en particular. Muchos venían porque eran echados del seno de sus propias familias. Esto es algo que todavía sucede hoy día

<sup>1</sup> Gerard Sloyan, *John (Juan)*, Interpretación: A Bible Commentary for Teaching and Preaching (Atlanta, Ga.: John Knox Press, 1988), 78.

<sup>2</sup> También llamado Betzata o Betsaida.

en ciertas partes del mundo; cuando algún miembro de la familia pierde la salud y es incapaz de “arreglárselas por sí mismo”, éste es llevado a una ciudad cercana y es dejado allí para que se gane la vida pidiendo. Tal práctica era común en la Jerusalén del siglo I.

Los afligidos se reunían alrededor del estanque de Bethesda, también, porque allí veían por lo menos un destello de esperanza. Habían probado otros métodos de sanidad, y todos habían fracasado. No obstante, habían oído acerca de las sanidades que se habían dado junto a este estanque, y por ello anhelaban probar los poderes milagrosos de éste. Es grande el debate que se da hoy día, en círculos médicos estadounidenses, sobre los tratamientos no tradicionales para aquellas enfermedades que en estos momentos son incurables para la medicina. La mayoría de nosotros sabemos que —independientemente de nuestra opinión sobre tales tratamientos— si nos estuviéramos muriendo, es probable que haríamos casi cualquier cosa que nos diera la más mínima esperanza de sanarnos. Tal era la agitación que se daba en los corazones de aquellas almas abandonadas de Bethesda.

Durante una fiesta judía, estando Jerusalén atestada de visitantes y bullendo de revuelo, Jesús pasó cerca del estanque de Bethesda y vio a un hombre que tenía treinta y ocho años de ser paralítico, el cual estaba acostado allí (5.5). Cuando leí este texto el año pasado, el pequeño detalle del tiempo que este hombre había estado sufriendo me causó conmoción como nunca antes. En mayo de ese año llegué a cumplir los treinta y ocho años de edad. ¡Este hombre había estado enfermo por un tiempo igual al que yo había estado vivo! No me

puedo ni siquiera imaginar cómo pudieron haber sido esos treinta y ocho años para él.

Cuando Jesús vio a aquel hombre que estaba cerca del estanque, y conoció su historia, él le hizo la siguiente pregunta: “¿Quieres ser sano?” (5.6). ¿Por qué le dijo esto? ¿No es algo que se da por sentado que toda persona enferma desea ser sana? ¿No fue más bien el colmo de la insensibilidad y un insulto el preguntarle a un hombre parálítico si él deseaba poder caminar?

Una reconsideración nos permite ver que aquella realmente era una buena pregunta —tal vez la más importante que Jesús alguna vez hiciera. Era importante, porque *no* todo mundo desea ser sano. Cuando ocurren cambios en algún aspecto de nuestras vidas, ellos por lo general estremecen nuestro mundo y a su vez producen cambios en todos los demás aspectos. ¿Estaba el cojo dispuesto a hacer tales cambios? ¿Estaba él dispuesto a aceptar la responsabilidad de sí mismo? ¿Deseaba él obtener un empleo regular e ir todos los días a trabajar? ¿Podía él sobrevivir la pérdida de su condición de víctima? Que la aflicción que sufrimos sea física, emocional, espiritual, o no lo sea, lo cierto es que la pregunta de Jesús: “¿Quieres ser sano?”, realmente es una buena pregunta.

La respuesta del hombre a Jesús fue que el estaba afligido porque cuando el agua se agitaba y la sanidad era posible, él no podía llegar al estanque antes que otro descendiera al agua (5.7). Jesús luego le dio las siguientes instrucciones al hombre: “Levántate, toma tu lecho, y anda” (5.8). El hombre, quedando asombrado él mismo y todos los que le rodeaban, hizo exactamente lo que Jesús le había dicho: ¡Comenzó a andar! Dado el énfasis en la fe que Juan le da a este evangelio, es curioso que nada se diga acerca de la fe de este hombre. Por cierto, parece haberse sentido confundido por todo lo que le estaba sucediendo y por la polémica que se suscitó por causa de esta milagrosa sanidad.

### LA POLÉMICA (5.9–15)

¿Puede usted imaginarse el haber sido cojo durante treinta y ocho años, y que el día que es sanado la gente lo comienza a criticar por llevar al hombro su lecho? Eso fue exactamente lo que le sucedió al hombre que estaba junto al estanque. Los líderes judíos comenzaron a reprenderlo por actuar así, pues al modo de verlo ellos, eso constituía un quebrantamiento del día de reposo (5.10). El hombre que había sido cojo una vez tenía una gran respuesta: El que lo había sanado le había dicho que tomara su lecho, y ¿quién le desobedecería a un hombre que lo acaba de sanar a uno?

Los líderes judíos estaban muy molestos, pues a su modo de verlo se estaban quebrantando por lo menos dos estipulaciones de la ley del día de reposo. En primer lugar, les escandalizaba el ver al hombre llevando consigo su lecho el día de reposo, y en segundo lugar, les escandalizaba el oír que Jesús había sanado a este hombre el día de reposo. ¡Uno pensaría que estos hombres iban a estar alegres de que el hombre fuera sanado después de treinta y ocho años de sufrimiento! No obstante, estaban tan preocupados por las tradiciones que sólo podían pensar en los posibles quebrantamientos del día de reposo que podían haber sido cometidos por este hombre y por cualquiera que lo hubiera sanado.

El día de reposo era el ejemplo favorito de Jesús para poner a prueba las tradiciones de los rabíes. La ley del día de reposo, según se presenta en el Antiguo Testamento, había sido directa y sencilla; el día sétimo no se debía trabajar.<sup>3</sup> Para el tiempo cuando Jesús vino, los rabíes habían elaborado un complejo conjunto de reglas acerca de qué era permitido hacer y qué no, el día de reposo. En el Mishnah, en el cual se consignaban muchas de las enseñanzas que estaban en boga durante el siglo I, se dedica una sección completa al día de reposo. En total, eran treinta y nueve clases de trabajo las que estaban prohibidas el día de reposo: tareas tales como coser, moler, tamizar, hornear, tejer, cazar, escribir dos cartas, encender un fuego y golpear con un martillo.<sup>4</sup>

Es obvio que las leyes sobre el día de reposo habían tomado su propio curso y se habían convertido en algo que no reflejaba el propósito original de ese día. En otra ocasión, esto fue lo que Jesús les recordó a sus oyentes: “El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo. Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo” (Marcos 2.27–28). Tal como este pasaje lo señala, las polémicas que sobre el día de reposo se suscitaban entre Jesús y los líderes judíos, tenían menos que ver con las violaciones del día de reposo en sí, que con aquello que la sanidad el día de reposo, revelaba acerca de la verdadera identidad de Jesús.

### EL RESULTADO (5.16–18)

En el momento de su sanidad, el hombre que estaba junto al estanque no tenía ni idea acerca de quién era el que le estaba diciendo: “Levántate, toma tu lecho, y anda”. Jesús, pasado ese momento, se escabulló entre la muchedumbre de la fiesta y

<sup>3</sup> Éxodo 20.8–11; Deuteronomio 5.12–15.

<sup>4</sup> M. Shabb. 7.2.

desapareció. No obstante, después de la polémica, Jesús halló al hombre en el templo y le instó a no pecar más, para que no le viniera alguna cosa peor que la parálisis (5.14). Después de este segundo encuentro con Jesús, el hombre fue a los líderes judíos y les dijo que Jesús era el que le había sanado.

La respuesta de los líderes judíos no fue serena ni guiada por la razón; no tomaron en cuenta la nueva información que se les proporcionó ni pospusieron su decisión hasta tener mejor criterio. En lugar de ello “los judíos perseguían a Jesús” por las violaciones del día de reposo que él supuestamente había cometido (5.16). Jesús, por tal razón, expresó valientemente lo que sus oponentes estaban planeando en secreto. Les dijo: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (5.17). Esto confirmó lo que tanto sospechaban. La verdadera cuestión no era el trabajo durante el día de reposo; era la identidad y fuente de autoridad de Jesús. El sanar el día de reposo parecía indicar que Jesús era mayor que el día de reposo. En lugar de considerar esta posibilidad, los líderes judíos se enneguercieron y su único propósito era matar a Jesús (5.18). Ellos reconocían que, al llamar a Dios su Padre, Jesús se hacía “igual a Dios” (5.18). Tal como Agustín lo hizo notar: “Ellos buscaron tinieblas en el día de reposo, más que luz en el milagro”.

La importante palabra, “señal”, no se encuentra en todo este pasaje. En este evangelio, las “señales” eran milagros obrados por Jesús, con el fin de guiar nuestra mirada más allá de los milagros mismos, hacia la fuente del milagroso poder de Jesús. Esta historia cuenta que definitivamente se había producido un milagro. No obstante, estas personas estaban tan endurecidas de corazón, que no podían ver más allá del milagro, a la fuente de éste. En consecuencia, Juan no utilizó en ninguna parte del relato, el término “señal”, para referirse al milagro.

A los eventos que rodearon la sanidad del hombre que estaba junto al pozo se les podría denominar un ejemplo de no conversión. Así como hallamos varios ejemplos de no conversión en Hechos, también estas personas fueron confrontadas con la verdad, y no fueron capaces de

aceptarla. Éste es un ejemplo en el que “la luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella” (1.5).<sup>5</sup> Como resultado de que los líderes judíos se rehusaron a creer en Jesús, la feroz oposición de ellos dio comienzo en este punto del evangelio de Juan.

## CONCLUSIÓN

La desacertada división entre los capítulos 4, y 5, que se da aquí, nos puede impedir que relacionemos la historia acerca del oficial del rey en 4.46–54, con el relato sobre los líderes judíos de Jerusalén que se encuentra en 5.1–18. Tanto el oficial como los judíos fueron testigos de un milagro. El uno y los otros vieron al poder de Dios sanando a alguien. Todos fueron forzados a tratar de comprender la cuestión sobre la identidad de Jesús. Las situaciones en las cuales se encontraban eran llamativamente similares en muchos aspectos; pero las conclusiones a las cuales se llegó, fueron completamente contrarias. La “señal” del capítulo 4, creó fe en el corazón del padre del chico enfermo, mientras que el milagro del capítulo 5, tan sólo endureció los corazones de los líderes judíos.

Cada vez que esta historia se vuelve a contar hoy día, las mismas dos respuestas se manifiestan entre todos los que oyen. Algunos son llevados a tener una fe más profunda, gracias a lo que está relatado en estos pasajes, y otros, que escuchan las mismas palabras, no atinan sino a alejarse más de Dios. Reiterando lo dicho, se nos recuerda del propósito de Juan al escribir este evangelio:

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (20.30–31).

¿Está usted escuchando? ¿Está usted viendo? ¿Está usted buscando? ¿Está su corazón abierto? ¿En qué rumbo le ha llevado este pasaje hoy día? ■

<sup>5</sup> Nota del traductor: En la versión que el autor utiliza se lee: “y las tinieblas no la entendieron”.